

ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Revelaciones*, epístola, por D. Lorenzo Campano.—*Hijo por hijo*, (continuacion), por doña María Mendoza de Vives.—*Un sueño*, por doña Blanca Rosa Rodon.—*Teatros*, por una madre de familia.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin y el pliego nueve del tomo cuarto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

IX.

JUAN BAUTISTA Á LUCIANO GARCIA.

Urrea de Jalon, diciembre de 18...

De ingrato podrás culparme, amigo mio: te he dado derecho para ello con mi largo silencio: no te he escrito desde que me separé de tí; de tí, tan bueno para mí, tan cariñoso: no esperes, pues, excusas porque no sé mentir á nadie, y menos á tí, á quien estimo y amo: te diré la verdad y tú me escusarás.

Ya sabes, porque yo te lo he dicho mil veces, de qué modo amaba á Mérida: ya sabes que la privacion de verla casi me costó la vida: pues bien: conociendo el esceso de mi pasion, me creerás cuando te diga que, al volverla á ver, despues de creerla perdida para siempre, me olvide de todo lo demás!

No debe sentirse dos veces en la vida lo que yo siento por Mérida: es una absoluta subyugacion de mi ser moral é intelectual de la que no me sé dar cuenta. Luciano, si me vieras, conocerías ahora que ya he agotado el manantial de

las venturas humanas y que ya puedo morir contento.

Sin embargo, este cielo azul de mi vida no está exento de tempestad: algunas veces padezco mucho: no pocas he tenido casi impulsos de aborrecer á mi madre.

Mi esposa padece mucho con ella: es injusta y cruel para la pobre niña, que solo anhela complacerla: calcula la horrible violencia que mi mujer habrá de hacerse para dedicarse á ciertas cosas, á las que no solo no se halla acostumbrada, sino que ni aun ha visto jamás: y sin embargo, si la vieras, dirías que hallaba la mayor felicidad en desempeñarlas: cualquiera se convencería que toda su vida se ha pasado dando de comer á las gallinas, limpiando habitaciones, aplanchando camisas de lino de labradores, y haciendo natillas y pastelillos de dulce.

En sus ratos dichosos, como ella llama á los que pasa sola conmigo, se ocupa de bordar la camisa de novio de Santiago, cuyo matrimonio con María se verificará en breve; esta camisa es uno de los regalos que ella prepara á mi hermano, y que oculta de la perspicacia de mi madre.

En cuanto á mí, me parece que hay un cielo en la tierra, y que este cielo me lo ha concedido Dios: y esto, no obstante de lo que sufro al ver la injusta prevencion de mi madre hácia este ángel que ha venido á llenarlo todo de luz con su presencia.

Hallo ahora mil goces del alma en los que

soñaba sin saberlo yo mismo, y que creo ignoraba que existiesen: mi lecho está cubierto de ropas delicadas y guarnecidas modestamente, pero con una gracia infinita: en el agua en que me lavo cada noche antes de acostarme, y cada mañana antes de vestirme, una mano cariñosa, vierte algunas gotas de un perfume suave y dulce: á la cabecera de la cama, hallo una bata, regalo de Mérida, muy sencilla, pero mucho mas cómoda que la levita que me hacia poner mi madre, y que me oprimia, porque me estaba ya muy pequeña: camisas finas, muy blancas y muy bien aplanchadas por su mano, han reemplazado á las que llevaba antes de lino tosco y moreno y que mi madre decia, cuando yo me quejaba, que eran bastante buenas para un tosco aldeano, cuyo padre las llevaba lo mismo.

¿Te acuerdas de mis medias de gruesa lana negra que parecian de cura? Mérida las ha dado á un pobre viejo que llaman el tío Simon, y que es, como si dijéramos, el decano de Urrea, y ha puesto en el lugar que las tenia una docena de hilo fino y blanco como la nieve: al ver tan delicadas medias, me dió lástima ponerme mis zapatos gruesos con ellas, y mi buen padre pensó lo mismo que yo, porque me dijo por la noche delante de Mérida:

—Hijo, mañana voy á la ciudad, y te traeré *cal-cero* fino, para hacer honor al regalo de tu mujer.

—Padre mio, dijo Mérida: de paso cómprele usted tambien una levita, para cuando vayamos á paseo.

—¡Eso es! ¿y qué dirá tu madre? exclamó mi padre con temor.

—Nada, repuso Mérida: porque para contentarla le tengo yo preparada una cosa: ¡mire V!

Mérida, que se habia levantado, se acercó á nuestra papelera, pues la escena tenia lugar en nuestro cuarto, y sacó una caja de carton forrada de tafetan azul: en la tapa tenia bordado con letras de plata este nombre:

CATALINA.

Mi padre y yo mirábamos absortos aquello: Mérida destapó la caja, y aparecieron dentro una docena de pañuelos de hilo fino, cada uno de los cuales tenia delicadamente bordadas las iniciales de mi madre: los pañuelos estaban además atados con una cinta de raso azul.

—Con esto, dijo Mérida, la desenfadaaremos si se irrita porque Bautista estrena calzado y levita.

Yo hubiera deseado que el regalo tuviese lugar aquel mismo dia, para ver el efecto que pro-

ducia en mi madre, pero fué preciso esperar hasta el siguiente.

Mi padre fué á la ciudad, y volvió por la tarde: cuando llegó, todos nos hallábamos en la sala.

Me dió un paquete y yo le abrí casi temblando.

—¿Qué es eso? preguntó mi madre, acercándose: ¡una levita de paño fino! prosiguió tomándola en la mano: ¡botitas de charol! ¿para quién es esto? ¿qué señorito hay aquí?

—Bautista, respondió mi padre, no sin temor.

—Juan no se pondrá nada de eso: ¡no faltaba mas! no señora, prosiguió dirigiéndose á Mérida, y echándole así tácitamente la culpa de este despilfarro: mi hijo no se pondrá esa ropa de conde, porque aunque se haya casado con V., no lo es, sino hijo de los destripa-terrones Matías Valdés y Catalina Ruiz.

Mérida no replicó: mi levita y mis botas quedaron abandonadas sobre una silla; pero despues que mis padres salieron de la habitacion, las recogió ella y las llevó á nuestro cuarto.

Terminada la comida, que sirvió la criada, mi madre se sentó á hacer calceta debajo del castaño grande que hay en el jardín.

Mérida se puso á coser á su lado: yo me senté cerca de ella.

—Madre, dijo Mérida al cabo de un rato, quiere V. ver una cosa?

—¿Qué cosa? preguntó aquella.

—Una cosa que he hecho yo.

—¿De costura?

—Sí señora: vé á buscarla, Juan.

El enojo de mi madre se disipó en la mitad: no quiere que me llamen Bautista, sino Juan, y mi mujer procura complacerla llamándose así delante de ella.

Yo volví volando con la cajita: mi corazón palpitaba hasta querer salirse de mi pecho.

Al ver la primorosa caja, mi madre se sorprendió: no obstante, la abrió sin pronunciar una palabra, tomó el primer pañuelo, miró la marca, y un viso encarnado se extendió por sus mejillas como si se hubiese avergonzado de sus ásperos modales para Mérida.

Miró uno á uno todos los pañuelos y luego, volviéndose á mi mujer, le preguntó:

—¿Has trabajado tanto para mí?

—Bien poco ha sido! repuso Mérida, y eso poco lo hecho con el mayor gusto, madre mia.

—Y cuando lo has hecho?

—Despues que V. se acostaba.

—De modo que no dormías! ¿te acostabas muy tarde y yo te hacia levantar á las cinco.

—Si á V. le gusta mi obra, ya estoy de sobra recompensada.

—Que si me gusta! me gusta tanto, hija mia, que toda mi vida la guardaré!

—Qué! ¿no los quiere V. usar? exclamó Mé-
lida.

—No! son demasiado finos y ricos para mí.

—Madre mía, dijo Mérida: ni la religion ni la virtud prohiben el amor á lo bello y el uso de las cosas agradables y delicadas: dé V. los pa-
ñuelos bastos que tenga á una pobrecita, y use esos que yo le regalo y que con tanto gusto he
bordado para V.

—De esa suerte, dijo mi madre con una bella é inteligente sonrisa, bien puede usar Juan la hermosa levita y el elegante calzado que le ha
traído su padre.

—¿Le dá V. permiso para ello? dijo Mérida.

—Sin mi permiso lo usaría tambien.

—¡Jamás, madre mia! estimo demasiado á mi
marido para creerle capaz de disgustar á V. ó
desobedecerla.

—Pero él padecería al ver su hermoso traje
colgado y al tenerse que poner uno tosco y
viejo.

—Ese era su deber.

—Que se ponga, pues, el nuevo cuando tú se
lo digas: y para recompensarte, te doy palabra
de comprar los dos sillones que desees que ten-
gamos tu padre y yo.

De este modo acabó el asunto de la reforma
de mi traje: creo que Mérida ha conquistado
del todo á mi madre, y que esta la respeta y la
ama tiernamente, lo que es un doble triunfo.

La superioridad de mi mujer es la primera
que mi madre reconoce en la tierra: pero ¿quién
no vé un ser superior en esta criatura, que po-
sée todos los encantos de que Dios ha dotado á
la mujer?

¡Bendito sea el Todopoderoso, que ha tenido
piedad de mí, porque si mi madre hubiera segui-
do siendo como era con Mérida, creo que hubie-
ra dejado de amarla por su injusticia.

JUAN BAUTISTA.

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

EPISTOLA.

A mi amigo D. Gregorio de Diego y Megía.

REVELACIONES.

Ya que saberlo anhelas, caro amigo,
Voy á explicarte de mi eterno llanto
El origen fatál. Pero antes, dime,
¿Por qué te admira tanto

El ver que al mundo sin cesar maldigo,
Si su perfidia de mortal espanto

Llena mi pecho y con rigor le oprime?
¿El que en la tierra gime

Piensas tú que placer halla gimiendo?

¿Como todos, al sol no vé esparciendo

Sus fecundantes rayos por do quiera?

¿No vé, cual tú, la creacion entera

Sonreir y, en acentos de alegría,

Con plácida armonía

Celebrar, entre el célico perfume

De las flores, honor de la pradera,

La oculta mano que su bien derrama,

La misteriosa llama

Que amor engendra y el amor consume?

¡Ay, amigo! Eso mismo

Aumenta mi dolor, pues que lo veo

Desde el borde fatál del hondo abismo,

Triste esclavo del bárbaro egoísmo,

Sola verdad que entre los hombres creo.

Escúchame y las fuentes

De mis males por tí serán abiertas;

Y mis penas presentes,

Y mis desdichas ciertas

Por tí sabrán las venideras gentes.

Si al pasado mis ojos

Tengo valor para tornar ¡ay! miro

De mi paterna casa los despojos,

Que el viento arrastra en tumultuoso giro.

Y la niñez descubro, edad florida,

Dulce como de amor blando suspiro,

Bagel que boga en sosegados mares

Por el casto placer la vela henchida;

Mas entre escollos hoy, sirtes y azares,

Pesaroso la miro en lontananza,

Como nube sombría y pavorosa

En tarde borrascosa,

Que á destruir la mies con furia avanza,

La mies que de la vida es la esperanza;

Porque víctima soy de los pesares

Y ausente vivo de los pátrios lares.

¡Y ya no has de volver, edad gloriosa,

Flor que deshoja en su inocencia el hombre!

En tí perdí el cariño

Y me faltó el contento,

Tras el que con afán volé, sediento
De ese bien, puro mas que el blanco armiño,
Para el cual no hallo nombre;
Bien que en los brazos de su madre alcanza
El que sabe aspirar, aun siendo niño,
El dulce, el santo, el perfumado aliento
Del amor, de la gloria y la esperanza.
De aquella edad los goces
Y las dichas huyéronse volando:
Pasaron ¡ay! veloces
Cual pasa de mi queja el eco blando.

Como del arroyuelo
El agua cristalina entre las flores
Camina al mar, velada por el cielo,
Impasible á los cantos seductores
Del ruiseñor oculto en la espesura;
Así pasó la edad de los amores,
La edad de la ilusión y la ventura.
Trocáronse las dos en desengaño,
Tal cual mi blonda cabellera en nieve,
Y de la realidad el negro paño
Ha cubierto mis días, por mi daño.
Como amante y amigo
De la inconstancia alevé
Juez he llegado á ser; parte y testigo.

Vendido como hermano,
Sin un sueño apacible como esposo,
Como padre sin día de reposo,
Sin premio como digno ciudadano,
Y como hombre, en fin, fácil juguete
De la ambición agena,
De la pobreza atado á la cadena
Por la adversa fortuna,
Ya mi vida otro bien no se promete
Que el del sueño jamás interrumpido
Que me asaltó en la cuna
Y á la cuna me arrastra del olvido.

Y pues ya me escuchaste, amigo caro,
Y pues triste me ves, déme tu amparo
Fuerza y valor para seguir sufriendo
De mi suerte penosa la fatiga,
Y el misterioso, engañador estruendo
De la cubierta mundanal intriga.

Ven, y juntos lloremos desde ahora;
Esta gracia de tí mi pecho implora;
Que de tu llanto las divinas fuentes
Por mi desgracia abiertas,
De mis males presentes,
De mis desdichas ciertas
Los calmantes serán mas excelentes.

Lorenzo Campano.

HIJO POR HIJO.

(NARRACION DE UN SUCESO.)

(Continuacion.)

Coloma sentada á su lado leía en voz alta un libro de oraciones, mientras Salvador, á pesar de lo frío y húmedo del tiempo, se entretenía con las plantas del huerto.

Aun cuando en apariencia todo seguía lo mismo en esta familia, no hubiera necesitado mucho una persona íntima para conocer el cambio que en ella se operaba.

La maestra, ya fuese el abatimiento que física y moralmente deja por lo común una grave dolencia ó lo mucho que debía á Coloma, su hostilidad hacia esta había disminuido notablemente.

Quizá por esta razón Salvador, que todo lo observaba, había aumentado por su madre sus respetuosas atenciones, disipándose en cierto modo la nube de tristeza que habitualmente oscurecía su rostro.

La maestra, sin embargo, distaba mucho de estar contenta. Su sueño dorado, el antiguo y proyectado enlace de su hijo con Eulalia, parecía olvidado por completo: Salvador había dejado de visitar á la hermosa viuda, y esta, quizá resentida por la conducta del joven, no había en toda la enfermedad de la madre traspasado sus umbrales.

Tan gran indiferencia lastimó el orgullo de la señora Tuyas, mas sin hacerla abandonar por completo su antiguo plan. Nada decía á Salvador; pero meditaba de continuo en el modo de provocar una explicación, que renovando las antiguas ideas llevase á feliz término el logro de su esperanza. Estos eran sus pensamientos, cuando ya anochecido entró Salvador.

Al ver la pieza sin fuego ni luz, no pudo menos de exclamar:

—Madre, ¿por qué á esta hora estais así? El frío os daña, y á mí no me gusta la oscuridad.

—Aun hay rescoldo, repuso la maestra, y el aceite está tan caro, que cuanto menos se gaste, mejor. Además, mi enfermedad nos ha arruinado.

—No penseis en ello, madre, que ya se responderá lo perdido; pero ¿por qué no se enciende luz? Vé, Coloma.

Coloma que hacia media hora tenía el libro



cerrado sobre sus rodillas, no se movió hasta que la maestra le dijo en voz queda:

—Enciéndela.

La joven salió de la habitación volviendo á poco con una luz que colocó sobre un veladorcito cerca del hogar, ocupando de nuevo su puesto y tornando á continuar, aunque en voz baja, su lectura interrumpida por la sombra.

Salvador entre tanto arrojó á la chimenea un recio tronco, hacinando debajo varias ramas á las que prendió fuego; sentóse despues en el rincon frontero al que ocupaba su madre, y quedó cual ella en silencio y con los ojos fijos en las chispeantes llamas que por varios lados del leño comenzaban á brotar.

Ardian las hojas secas con ruidosos crujidos, llenando la habitación de resplandores tan alegres como fugaces, imágenes vivas de la ventura humana. Mas consumidas pronto, volvió la habitación á quedar mal alumbrada y tan silenciosa que se oían distintamente los ténnos susurros, tristísimos silbos y lánguidos ayes que produce la húmeda leña al arder por un lado, mientras por otro llora las gotas de su sávia.

Es preciso haber observado sobre un hogar silencioso todos esos tristes ruidos y misteriosos lamentos, para comprender el efecto que debían producir en Salvador, cuando exclamó de repente:

—Madre, Coloma, hablad por caridad, que esos quejidos de la leña me causan una angustia indecible.

Coloma cerró el libro, y al mismo tiempo llamaron á la puerta.

Levantóse Salvador y abrió.

Al ver la inesperada visita, que en aquel momento entraba, una exclamacion de alegría salió de los lábios de la maestra.

Eulalia volvía por fin; la hermosa y rica viuda dirigióse hácia la chimenea entre ruborosa y satisfecha.

—¿Qué buen ángel te trae por aquí! dijo la señora Tuyas cediéndole su rincon, que la recién llegada no aceptó sentándose cerca de Coloma.

—Verdad, respondió Eulalia despues de los primeros cumplidos, al reiterar su pregunta la maestra, que os he visitado poco en esta última temporada, pero ya me lo perdonareis cuando sepais el motivo. Ahora vengo á dos cosas, la primera á participaros mi casamiento, y la segunda á haceros una súplica.

(Se continuará.)

María Mendoza de Vives.

UN SUEÑO.

Fresco y hermoso amaneció el día 26 de abril en la linda aldea de R. Multitud de honrados mozos se dirigian con su azadon al hombro al rudo trabajo que transforma las tierras incul-tas en hermosas viñas, rodeadas de frondosos árboles, cuyos sabrosos frutos son siempre vendidos en la ciudad inmediata.

Graciosas aldeanas, en grupos de cinco ó seis, iban á llenar sus cántaros de fresca agua, y otras, con vasijas diferentes, á ordeñar las hermosas vacas que pacían la húmeda yerba.

Todo era animacion y dulce alegría. Sencil-las cantinelas resonaban por do quier, y confu-so rumor de alegre risa iba á mezclarse con el ruido de los infinitos arroyos, y con el trinar de las avecillas que se ocultaban en las verdes ramas de los corpulentos árboles, formando un precioso conjunto estos duos de las vírgenes y las aves.

—Ya se aproxima el día de la Cruz de Mayo, Clemencia. ¿Quién se llevará el premio de la palma?

—No sabemos quien será la dichosa, ó mejor dicho, la mas habilidosa, Ana: contestó la interpelada á su compañera. Pero ¿sabes que este año lo vamos á pasar como ninguno? ¿Cuándo ha habido aquí esas fiestas? Nunca.

—Pues ya se vé. ¡Como nunca hemos tenido aquí un señor tan generoso como D. Enrique!

—¿Sabes que la que se lleve el premio no tiene que trabajar mas? ¡pues ahí es nada! ¡ocho mil reales á la que presente la palma mejor tejida el día de la Cruz! ¡eso es maravilloso!

—¿Y por qué habrá hecho eso D. Enrique, Clemencia?

—Pues, ¿y yo que he de saber? Algunos dicen que es un voto que hizo de dotar á una pobre; pero al mismo tiempo quiere, que lo gane con su saber.—Sea como quiera, los ocho mil reales están ahí: veremos quien se los llevará.

—¡No serás tú, interin viva yo! pensó Ana.

—No te apures tontuela, que no me ganarás, murmuró Clemencia.

Y las aldeanas cruzaron una mirada de desaffo.

—Adios, Ana, dijo Clemencia tomando por un sendero que se apartaba del camino.

—Que El te acompañe Clemencia, contestó Ana, y ambas se separaron.

En los alrededores de la aldea, una blanca ca-

sita con persianas verdes y rodeada de hermosos viñedos, llamaba la atención por el silencio de sus habitantes, que eran una joven, su madre y una anciana criada. La víspera de la Cruz permaneció, como siempre, cerrada la casa. Ninguna de la aldea sospechaba la peligrosa rival que tenía allí en el tejido de la palma; pero todas se hubieran desengañado, si arrojando una mirada al interior, hubieran observado el interesante cuadro que ofrecía la silenciosa salita. Sentada junto al hogar, una venerable anciana contemplaba arrobada á una joven, mejor dicho, á un ángel, que de hinojos delante de Nuestra Señora de los Dolores, plegadas las manos sobre el pecho, y animada con celeste expresión, elevaba sus súplicas á la Reina de los Angeles.

Una bata de muselina blanca, ligeramente ajustada con un ceñidor azul, caía en anchos pliegues alrededor de sus pies, y sus hermosos cabellos, partidos en dos bandas y trenzados con primor, tocaban al suelo con sus puntas.

—¡Oh! madre de los Dolores, cuyo nombre llevo, decia la joven, haced que gane el premio; vos que leéis en los corazones, Madre adorada, vereis que no me impele, al haceros esta súplica, el orgullo, la ambición, ni otros sentimientos indignos de vuestras hijas: no, Dolores sagrada; el deseo que me anima es el querer devolver á mi querida madre el dulce bienestar que los hombres le han quitado. Guía mis manos, Virgen santa, al adornar la palma, para que mi madre no muera de miseria en un hospital!

Calló la joven, y su mirada permaneció fija en la pura imagen: la anciana abandonó el lugar que ocupaba, y vertiendo dulces lágrimas, abrazó á su hija exclamando:

—¡Bendita, bendita seas, hija mía!

—¡Oh, madre amada! la Virgen ha oído mis ruegos: sé que voy á ganar.

Y alzó su vista al cielo con la expresión de la mas profunda gratitud.

Llegó el día de la Cruz. La aldea estaba adornada con flores y ramos olorosos. Reinaba ese confuso desorden peculiar á todas las fiestas, cuando dieron tres sonoros golpes de campana. Todos se dirigieron á la plaza, en medio de la cual había una rica tienda de campaña. Alrededor de ella había sillas, que presto fueron ocupadas por la ansiosa multitud; el centro lo ocupaba D. Enrique, arrogante joven y autor de la fiesta, rodeado de doce ancianos respetables, que eran los imparciales jueces que habían de adjudicar el premio.

D. Enrique tocó una campanilla de plata, y el mas profundo silencio siguió á aquel toque.

—¡Que cada joven traiga su palma! dijo don Enrique con sonoro acento.

Una puertecilla se abrió á la derecha de los jueces, y las jóvenes comenzaron á desfilar, colocando sus palmas sobre una mesa, donde eran numeradas y anotado el nombre de la dueña. Todas vestían de blanco con cinturones del mismo color, el que tendría que cambiar la premiada, por otro azul que guardaba don Enrique.

—¿Ninguna mas aspira al premio? preguntó don Enrique.

Nadie se presentó: y ya iban los jueces á votar, cuando un grito de admiración, y, preciso es confesarlo, de rabia de las mujeres, resonó en todos los ámbitos de la sala. Dolores, con el semblante ligeramente sonrosado, se dirigió á don Enrique y le presentó su palma, de un tejido maravilloso.

El aire de distinción, que tenía Dolores, agradó á D. Enrique, quien, tomando con una mano la palma, acercó con la otra una silla, y colocó á la joven á su lado.

(Se concluirá.)

Blanca Rosa Rodon.

TEATROS.

Varias son las novedades que nos han ofrecido los teatros en la última quincena; pero ninguna puede considerarse de gran importancia, á escepcion de la comedia de magia del Sr. Liern, *La Paloma Azul*, puesta en escena en el coliseo del Circo, y á cuyo brillante éxito han contribuido las magníficas decoraciones pintadas por el señor Muriel, sin las cuales *La Paloma* del señor Liern, por mas azul que fuese, tal vez no detuviera por mucho tiempo su vuelo en el teatro de la Plaza del Rey.

Tiene, no obstante, esta obra una cualidad apreciable; y es la de estar escrita con alguna conciencia literaria: pero en su conjunto se resiente de falta de interés y no ha correspondido por completo á las esperanzas que hizo concebir el autor de *La Almoneda del Diablo*.

Como las decoraciones constituyen el principal encanto de la comedia, de que nos ocupamos, creemos que nuestras lectoras verán con gusto la nota de las que consta.

Acto primero.—Primera: Paisaje y vista es-

terior de un molino.—Segunda: Gruta de la fortuna.—Tercera: Nubes.

Acto segundo.—Primera: Mansion de la Primavera.—Segunda: Panorama de un monte.—Tercera: Valle.—Cuarta: Reino de las aves.—Quinta: Palacio de Godofredo.

Acto tercero.—Primera: Parque de Manrique.—Segunda: Rocas.—Tercera: Oásis.—Cuarta: Paisaje rústico.—Quinta: Palacio submarino.

Acto cuarto.—Primera: Interior de una sima.—Segunda: Biblioteca.—Tercera: Bodega.—Cuarta: Ruinas de un Panteon.—Quinta: Valle.—Sesta: Reino azul.

En el teatro del Príncipe y con objeto de solemnizar el rasgo de generoso desprendimiento de S. M. la Reina, se ha puesto en escena, con buen éxito, un drama en un acto, titulado *El Laurel de la Zubia*, escrito en breves horas por los Sres. Hurtado y Nuñez de Arce. Sirve de base á esta improvisada obra un sencillo é interesante suceso en que interviene la gran Isabel la Católica para salvar de la miseria á un bravo y noble soldado, y los bellísimos versos y pensamientos patrióticos y levantados, en que abunda, arrancaron lágrimas y aplausos.

También en el teatro de Novedades se ha solemnizado el magnánimo y generoso desprendimiento de nuestra augusta Soberana, con una obra titulada *El Angel Salvador de España*, original del actor Sr. Alba, durante cuya representación, que fué honrada con la presencia de SS. MM., estalló el entusiasmo del público en vítores y aplausos por los patrióticos y elevados pensamientos de la obra, y por las felices aclamaciones que se dirigen en ella á la noble, generosa y augusta persona que ocupa hoy el trono de España.

En el mismo teatro se ha estrenado posteriormente una comedia en tres actos, debida á la pluma de dicho Sr. Alba y titulada *El siglo del Bombo*, que mereció algunos aplausos por la gracia con que está escrita.

Parece que una nueva empresa, á cuyo frente figura el actor D. Pedro Montañó, ha tomado este teatro hasta el 31 de mayo. Le deseamos buena suerte.

En el teatro de la Zarzuela se ha puesto en escena por fin la revista 1864 y 1865 y aunque la empresa ha procurado presentarla con el mayor esmero, no ha producido esta obra el gran efecto que produjo cuando se estrenó en el teatro del Circo, sin duda por la falta de novedad: sin

embargo, no dejará de atraer alguna concurrencia animada por el natural deseo de comparar la manera con que ha sido presentada é interpretada en ambos teatros.

Réstanos hablar de la zarzuela *De Versailles á Madrid*, arreglada por los Sres. Serra y Pastor-fido de la conocida comedia *Las Colegiales de Saint-Cyr*; pero no; prefiero hacer punto, porque esta insípida obra llenó de fastidio á los espectadores, y si alguna de mis lectoras tuvo la desgracia de asistir á su extremo, de seguro que le haría bostezar todavía su recuerdo.

Una madre de familia.

MODAS.

ESPLICACION Y APLICACION DEL

FIGURIN.

Trages de baile y soirée.

FIGURA 1.^a Vestido de gros, color de paja de maíz, de falda muy larga y lisa.

Segunda falda ó túnica de encage de Chantilly negro, cuyo dibujo forma ondas en el borde, y que está recogida al lado derecho, por medio de un broche de pasamanería, color de paja, con colgantes de felpilla.

Cuerpo escotado con largo peto, adornado por una berta de encage negro en armonía con la túnica, y prendida en el pecho con otro broche de pasamanería.

Mangas cortas formadas por dos bullones, uno de gros paja y el inferior de tul blanco.

Prendido compuesto de lazadas de terciopelo negro, y de una larga pluma blanca, colocada al lado izquierdo y bastante alta: al pié de la pluma, va colocado un broche de oro, parecido en su forma á los de pasamanería que adornan la túnica y el pecho.

Guantes blancos, y abanico de nácar y crespon, blanco también.

Collar de perlas.

Esta *toilette*, conviene, sobre todo, á las señoras jóvenes, por su riqueza: es en extremo distinguida en su sencillez, y sentará mejor que á las rubias, á las que tengan la tez morena y negros los ojos y los cabellos.

De ningún modo es propia para señorita, por los encages que entran en su confección.

FIGURA 2.^a Vestido de gros blanco: la falda está adornada en la parte inferior por un bullonado de tul céfiro blanco, sujeto de distancia en distancia por una presilla de cinta grana.

Segunda falda de gasa de seda blanca con lunarcitos grana, que se recogen en el lado izquierdo por una presilla de cinta mucho mas ancha que las del bullon.

Cuerpo escotado con dos petos, y adornado con una berta formada por un bullonado, sugesto con presillas como las de la falda.

Mangas cortas compuestas por un bullon de glasé y otro de gasa.

Salida de baile de cachemira blanca adornada al rededor y en la capucha por patas de cinta grana.

Collar y brazaletes de coral.

Prendido compuesto de una ala de paloma color de grana y negra, de una larga pluma negra que cae al lado izquierdo, y de algunas sertas de perlas finas que se enredan graciosamente en el peinado.

Nada mas fresco y encantador para llevarle una novia en el primer baile, á que asista, que este traje: es poco ostentoso y por lo mismo elegante y lleno de gracia: suprimiéndole la larga pluma negra del prendido, lo puede usar igualmente una señorita, pues las alas aunque son plumas tambien, presentan otro carácter mucho massencillo, y ya hemos dicho que las perlas convienen, á nuestro parecer, lo mismo á la juventud que á la edad madura y á la ancianidad.

FIGURA 3.^a Vestido de glasé azul claro; el bajo de la falda está adornado por dos escarolados de la misma tela, unidos, que suben hasta el talle en forma de delantal.

Cuerpo bearnés muy pequeño, bordeado de un ruche como los de la falda, pero mas estrecho.

Camiseta de gasa ó tul de seda blanca rizada en *draperie*, y que completa el alto del cuerpo, hasta un modesto y gracioso escote: de esta camiseta salen las mangas cortas compuestas de un bullon de tul: el hombro está señalado por un pequeño escarolado, que llega hasta el borde del corpiño.

Peinado de largos y gruesos tirabuzones.

Prendido de cintas azules y blondas blancas, colocado alto, y de modo que haga punta sobre la frente.

Pendientes de perlas que forman una gran roseta: brazaletes de oro.

Guantes blancos.

Recomendamos este lindo y sencillísimo traje á las señoritas: para las rubias es delicioso: tiene la ventaja además de lo módico desu coste, por la sobriedad de sus adornos.

Para señora casada le creemos demasiado sencillo: no obstante, siempre nos parece de mejor gusto la extrema sencillez que el demasiado adorno, y creemos que los trages mas útiles son los que están al alcance de todas las fortunas: una bella y jóven casada puede desear gastar poco, y en tal caso, podrá tambien elegir nuestro modelo, segura de que dará una prueba de buen gusto.

FIGURA 4.^a Falda de raso color de rosa muy fuerte.

Segunda falda de tul blanco, adornada por cuatro volantes cortados dobles y puestos bastante fruncidos: estos volantes están adornados por dos órdenes de racimos de cinta de raso color de rosa: por medio de dos de estos racimos, está la falda levantada en el lado izquierdo.

Cuerpo escotado de raso color de rosa, cubiertode tul, y con berta formada por un bullon de tul: en los hombros, pecho y espalda, racimos de lazadas de cinta mas pequeños que los de la falda: del escote sale un encage, por el que pasa un terciopelito negro.

Cinturon ancho con cabos flotantes, de raso rosa.

Prendido compuesto de una ala rosa y de tres plumas negras, dos muy pequeñas, y otra larga que cae al lado izquierdo: en el peinado van además mezcladas algunas sertas de perlas.

Collar y grandes brazaletes de perlas.

Guantes blancos y abanico de crespón blanco.

Este traje es propio de señora casada, porque el raso es telarica y costosa: su elegancia es incontestable y recomendamos que, al hacerlo, se dé á las faldas mucha longitud, para que describan una gran cola. Esta recomendacion la hacemos para todos los trages de baile, que si bien, en adornos y accesorios, nos parecen los mas lindos los menos recargados, creemos en cambio necesaria, en la cantidad de la tela, la mayor esplendidez.

Aconsejamos á las señoras y señoritas rubias el uso moderado de los polvos del color de su cabello, para baile y *soirée*, y mas si llevan perlas en el peinado: nada hay tan lindo y tan vaporoso como una cabeza rubia rizada y empolvada ligeramente.

Pamela.

Por todo lo no firmado,

MARÍA DEL PILAR SINTÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.